Vitelio miró con sorpresa á su amigo al escucharle hablar así, dudando de que fuese el antiguo epicúreo, el burlador de todas las mugeres el que así le hablaba.

Y sin embargo, nada era mas cierto.

Salustio estaba triste y hablaba con el corazon.

El amor, esa pasion purísima que vivifica la naturaleza entera; ese afecto indefinible y tierno, bálsamo en las penas de la vida, luz que ensancha los horizontes del mundo ideal prestándole encanto y colorido; esa llama vivificante de la existencia que nunca habia penetrado en el corazon del libertino jóven, imperaba ya en ella de un modo despótico y absoluto.

Como el ciego que vive en medio de los rayos del sol que le abruman sin conocer la luz, así Salustio habia vivido en medio de las compradas caricias de impúdicas mugeres sintiendo hastiado su corazon, sin conocer el verdadero amor.

Cuando el ciego recobra la vista, admira extasiado la belleza de la luz, y huye de los rayos abrasadores que le hieren. Cuando el hombre, cegado por las bastardas pasiones, abre los ojos á la luz del verdadero amor que brota dulce y purísimo de un corazon casto y virtuoso, entonces huye avergonzado de sus mentidos placeres, para admirar y seguir la belleza del afecto mas santo y tierno del alma.

Salustio habia sido un ciego.

El egoismo de los paganos, y la caridad y abnegacion de los cristianos, le dieron la vista para admirar y sentir la luz viva del amor.

Entorpecido el olfato por los miasmas de las orgías y de las liviandades, no habia percibido el dulce aroma de la flor de la virtud.

Pero la redencion del alma se habia operado en su ser, y los afectos mas tiernos sucedieron á los que hasta entonces le habian dominado.

Salustio amaba con la fuerza del hombre que siente por primera vez el amor.

Su pensamiento, fijo constantemente en Nicea, no encontraba nada que pudiese hacerle cambiar de idea.

Salustio, notando la sorpresa con que le miraba su amigo, le dijo:

—Veo que te admira mi cambio de sentimientos; pero es lo cierto que ese cambio se ha operado en mí por fortuna.

Salustio y Vitelio, entretenidos en su conversacion, se dirijieron hácia fuera de la ciudad, huyendo del bullicio.

Al verse en el campo, dirijieron la vista hácia el camino, como si esperasen que algo apareciese en él.

El aspecto que presentaba Roma desde aquel punto, era delicioso y encantador.

Los alrededores de la gran ciudad ostentaban en su bellísima campiña un número considerable de magníficos monumentos, tanto relijiosos como profanos, que se aproximaban hasta las puertas de la gran ciudad, como ricos y espléndidos cortesanos rodeando al magnánimo monarca.

Un ejército de estatuas de bronce, de mármol y de marfil, cuyo número no bajaba de setenta mil, embellecian los jardines y la ciudad.

Aquellas setenta mil estatuas, colocadas sobre ricos pedestales, erijidas á los cónsules, emperadores, dioses, seres mitológicos, y en honor de los hombres que habian prestado grandes servicios á la patria; colocadas en medio de las flores y de los árboles, bañadas por la luz de un sol espléndido, y cobijadas por un nubífero pabellon de rosicler y grana, remedaban privilegiadas criaturas llenas de perfeccion y de dignidad, habitando nuevos paraisos de exuberante vegetacion.

El Tiber, ese rio de amarillentas aguas que nace en Florencia bajando de los Apeninos, y que corriendo al occidente de la ciudad de los emperadores romanos, va á desembocar en el mar Tirreno á cinco leguas de la grandiosa Roma, por dos brazos que forman una vistosa isla, se veia cubierto de lijeras barquillas en que la alegre juventud surcaba las ondas. Era una ancha cinta de luciente plata que despues de recorrer sesenta y cuatro leguas, veinticinco de ellas navegables, por márgenes pintorescas aunque insalubres, acaba por confundirse en el mar, como corre el hombre por las márgenes risueñas de los placeres del mundo para desembocar en el océano de la eternidad.

Salustio contemplaba el conjunto de las sorprendentes maravillas que rodeaban á la suntuosa Roma, á quien el universo entero parecia complacerse en enviarle las felicitaciones por su poder y su grandeza, ofreciéndola pleito-homenaje.

Desde el sitio en que se hallaba, descubria las siete montañas ó colinas que encerraban la ciudad, como si los siete sábios de la Grecia hubieran acudido á llevar el saber y la ciencia á la dominadora del mundo.

Aquellas colinas, cuyos nombres eran el Palatino, el Celio, el Aventino, el Viminal, el Esquilino, el Quirinal y el Capitolino, remedaban los vigilantes centinelas de la ciudad, que velaban por la emperatriz del mundo.

Pero ni los templos, ni las estatuas, ni los jardines, ni los bosques, ni el conjunto de maravillas que circundaban Roma, encerraban en aquel momento encanto ninguno para Salustio.

Su alma necesitaba del amor que habia sentido por Nicea, y todo le parecia sin brillo ni vida ante aquella idea.

—¿De quién es aquella casita que se descubre al lado del camino?—preguntó á Vitelio, fijando de repente su vista en un pequeño pero pintoresco edificio rodeado de árboles, que se hallaba á distancia de un cuarto de legua.

—Es la taberna de uno de los fugitivos de Pompeya, que se ha establecido allí con su esposa y sus hijas.

—¿De Pompeya?..... ¡Ah!..... quiero acercarme!..... tal vez hayan conocido á la jóven Nicea y me den noticias de ella.

Y sin esperar á que Vitelio le contestase, Salustio se dirijió hácia la humilde casita.

Al penetrar en ella se encontró con el venerable ministro del Señor, con el hijo de la viuda de Naim, que salia de una pieza interior.

—Vuestra presencia aquí, virtuoso sacerdote—dijo Salustio con respetuoso acento,—me indica que algun sér desgraciado ha sido consolado por vos.

—Pero en ese consuelo que he podido verter en el corazon de un prójimo, de un hermano, teneis vos gran parte, puesto que habeis destinado una cantidad que me habeis entregado para auxiliar á los menesterosos.

Vitelio se quedó mirando á Salustio con asombro al oir de boca de aquel respetable sacerdote el rasgo de caridad y de filantropía de su amigo.

Salustio comprendió lo que pasaba en el corazon de Vitelio; pero sin darse por entendido de ello, preguntó al hijo de la viuda:

—¿Es algun atacado de la peste?

—No: es una persona que logró salvarse de ser sepultada en Pompeya, y que carece de todo.

—¿De Pompeya?..... ¡Ah!..... deseo verla..... preguntarle..... Tal vez ella me dé noticias de un sér querido, por cuya felicidad daria mi vida!..... Llevadme, llevadme á donde está.

El sacerdote cristiano condujo á Salustio á una pieza pequeña en que habia una persona sentada en una silla, junto á una mesita, ocupada en leer algunos salmos de la Biblia.

Al oir ruido alzó la vista de las tabletas en que leia, y la fijó en los que entraban.

Salustio dejó escapar un grito de asombro y de alegría, y en seguida se arrojó á los piés de la persona á quien iba á ser presentado, exclamando:

—¡Nicea!..... Nicea!.....

La jóven se estremeció, y pronunció conmovida estas palabras:

—Me salvásteis la vida cuando debia haber perecido, y he temido por la vuestra. ¡Oh!... Doy gracias á Dios porque ha escuchado mis súplicas hácia vos! Aquí teneis, venerable sacerdote—añadió la bella huérfana dirijiéndose al hijo de la viuda de Naim,—al hombre que, lleno de respeto, de abnegacion y de atenciones, me libró la primera vez de una muerte cierta.

—Os salvé, porque aquella muerte hubiera causado la mia; sí, virtuosa Nicea; entonces, arrepentido de la infame conducta que habia observado con vos, os repetia que mi felicidad la cifraria en poder llamarme esposo vuestro: pues bien, hoy que tengo la dicha de participar de vuestras mismas ideas religiosas, pues he abrazado vuestras creencias, porque he visto que en ellas residen todas las virtudes y todos los consuelos del alma; hoy, que siento en mi alma el verdadero amor, ¿os dignareis aceptar mi mano y mi fortuna?.....

Nicea iba á responder; pero la llegada de nuevos personages, que se dirijian hácia Roma, y que se habian detenido á tomar algo, selló sus labios, y Salustio se puso en pié.

Los que acababan de llegar, eran el sacerdote Olinto, su bella hija Nidia, Glauco, Ione, Lidon, que habia recobrado completamente su salud, su anciano padre, Salvio y sus dos niños y algunos otros individuos.

Nicea, al descubrir á Olinto, corrió á él para besar su mano y pedirle su bendicion: en seguida abrazó al gladiador Lidon con la efusion del verdadero cariño de una hermana, y poco despues presentaba al dueño de aquella posada como á su último libertador que la habia sacado de Pompeya.

Aquel libertador era el mismo posadero, en cuya casa Lidon, al llegar á las cercanías de Pompeya, pidió dos desayunos para Nicea y su enferma madre: el mismo á quien el generoso gladiador salvó de las llamas á su tierno hijo de dos años.

Lidon y el posadero se estrecharon la mano con mútuo reconocimiento. El segundo le debia la vida de su hijo, y el primero la de la jóven que amaba como una hermana.

El posadero habia asistido al anfiteatro, y cuando despues de indecibles peligros se dirijia á su casa, en medio de la desolacion general, tropezó con el cuerpo de Nicea: al verla sin sentido y reconocerla, la asió en sus brazos llevado de la gratitud que conservaba hácia Lidon, y la condujo á su posada que aun no habia sido destruida y que estaba fuera de la ciudad: entonces, recojiendo todo lo que le fué posible, huyó con su familia y con la huérfana, logró meterse en un barco y salvarse. Poco despues se dirijió á Roma, y estableció su posada en el sitio en que pasan los sucesos que relato.

Durante todo aquel tiempo de manifestaciones de placer y de gratitud, Vitelio habia estado hablando con su amigo Glauco.

Este le presentó á Nidia como á la amiga íntima de Ione, y Vitelio quedó asombrado de la hermosura de la bella hija de Olinto, en cuyos ojos, que habian recobrado la vista, brillaban la inteligencia y la dulzura.

La antigua cieguecita sintió encendido su rostro por el carmin del rubor al conocer al hombre por quien sintió latir su corazon cuando estaba privada de la vista, y experimentó hácia él un afecto aun mucho mas íntimo de pasion, al mirar realizado el bello ideal que de él se habia formado.

La tierna hija de Olinto, la que siendo esclava se llamó Nidia, y cuyo verdadero nombre era Elena, habia alcanzado la vista despues de algunos dias de haber sufrido la operacion que le hizo el médico que en el mismo barco se alejó de las playas de Pompeya.

Nidia ó Elena, era pues, una de las jóvenes mas hermosas, y el sencillo, pero elegante trage que llevaba, unido á un peinado graciosísimo, aumentaban notablemente sus encantos naturales.

Vitelio no apartaba los ojos de ella, admirando su hermosura irresistible.

Mientras todos estaban entregados al placer de verse reunidos, un hombre con trage de labrador, que acababa de entrar en la pieza, se acercó á Olinto, diciéndole que un moribundo que vivia en una casita próxima, queria hablarle antes de abandonar la tierra.

El sacerdote cristiano siguió á su guía, y al entrar en la casa, se encontró con Crémes, el esclavo de Diómedes, el confidente de Márcio, que yacia próximo á espirar, víctima de la peste que aflijia á Roma.

—Os he llamado porque deseo morir cristiano—dijo con débil voz el enfermo al acercarse el sacerdote.—El que os ha ido á llamar os conoció en Pompeya, os vió llegar, y le supliqué que os llamase.

Olinto sintió descender á su alma un placer inefable al escuchar aquellas palabras.

El esclavo, al ver pintado en su semblante la ternura y la caridad, añadió:

—He vivido como un criminal, y quiero morir bien.

Olinto procuró instruirle en los principales misterios de la augusta religion del Crucificado, y el esclavo fué bautizado poco despues.

El antiguo servidor de Diómedes manifestó que habia servido un veneno á Glauco, que habia tratado de asesinar á Plinio, que por venganza y sed de oro habia asesinado á la hechicera del Vesubio; y al confesar esto le entregó á Olinto el dinero que le habia quitado á aquella, encargándole lo repartiese entre los pobres.

Al volver Olinto á reunirse con su hija en la posada, se encontró con una novedad que le inundó de gozo.

Mientras él habia estado prestando sus auxilios espirituales á Crémes, un viajero y una anciana, vestidos de luto, habian llegado á la posada.

Eran Plinio el Jóven y su amorosa madre.

El amante de Eutima, que aun ignoraba la suerte de su prometida, y que lamentaba la muerte de su excelente y sábio tio Plinio el Anciano, al saludar á Nicea y acercarse á ella, fijó la vista en el medallon que entonces llevaba al cuello y que ya conocen nuestros lectores.

—¿Quién os ha dado ese medallon?—le preguntó el jóven abogado con señales de marcado interes.

—Mi madre al morir—contestó Nicea besando el medallon.

—¡Vuestra madre!..... ¡Ah!..... yo bendigo á los dioses porque me han concedido la dicha de encontraros. Nicea, vuestro padre me confió pocos dias antes de la catástrofe, un

secreto de su vida, y dispuso en vuestro favor una considerable parte de sus riquezas que posee en Roma; riquezas que yo estoy encargado de poner en vuestras manos.

—¡Ah!..... vos conoceis á mi padre!.....—exclamó llena de gozo Nicea sin hacer caso de los bienes.

—Sí, le conozco.

—¿Quién es?..... Decidme, decidme por piedad su nombre.

—Diómedes: el hombre mas rico de Pompeya.

—¡Diómedes!.....—exclamaron todos con asombro.

—¿Y dónde, dónde está?.....

—Se hallaba en Pompeya en los instantes de la erupcion, y tal vez se encuentre en Roma.

—Entónces ¿quién era un jóven llamado Márcio, que se interesaba por mi suerte?.....

—Vuestro tio.

El asombro de Nicea fué notable, y Lidon se sintió agradablemente sorprendido.

Nicea, ansiosa de conocer á su padre, y con la esperanza de que le encontraria en Roma, no pensó mas que en dirijirse inmediatamente á la ciudad.

Todos los viajeros se dispusieron en el instante, se pusieron en marcha, y pocos minutos despues penetraban en la suntuosa Roma que seguia en sus regocijos.

CONCLUSION.

VARIOS PERSONAJES DE NUESTRA OBRA.—EL VIEJO SOLDADO Y SUS DOS HIJAS. LA ACTRIZ FLORA.—EUTIMA Y DIÓMEDES.—MARCIO.—DESCUBRIMIENTO DE HERCULANO Y DE POMPEYA.—ALGUNAS REFLEXIONES.—PLINIO EL JÓVEN.

Un mes despues de los acontecimientos que dejo referidos en el capítulo anterior, tres bodas se celebraban juntas y en un mismo dia; la de Ione y Glauco, la de Salustio con Nicea, y la de Nidia con Vitelio.

El hijo de la viuda de Naim y el virtuoso Olinto, fueron los sacerdotes encargados de celebrar la augusta ceremonia.

Lidon, á quien Salustio apreciaba sobremanera, y á quien Plinio habia entregado una cantidad considerable, por el servicio prestado á Eutima, era el padrino de Nicea; Plinio y su anciana madre eran los de Ione y Glauco, y el médico y su hija lo eran de Nidia y Vitelio.

Medon, Salvio y sus dos niños asistieron á la ceremonia, y despues fueron protejidos por Glauco y Ione.

Todos eran felices.

Salustio, apreciando cada vez mas los tesoros de virtud de la hermosa Nicea, fué el mas leal de los esposos.

Solamente Plinio veia pasar los dias y las semanas sin tener noticias de Eutima.

Con igual inquietud que el jóven abogado se encontraba el primo de Salustio, el apreciable militar amante de Flora, de la bella actriz con quien debia unirse.